

guerra europea. Hecha la paz, la «bienhechora de la raza humana» —como se la llamaba— recorrió el mundo en triunfo. En todos sus discursos y conferencias, y lo mismo cuando ingresó en 1923 en la Academia de Medicina de Francia, sus palabras fueron siempre un encendido homenaje a la amada memoria. Un gran retrato de Curie presidió hasta su muerte el gabinete de trabajo de la egregia investigadora.

Poco a poco una dolencia extraña e incomprendible fué minando su salud. En la madrugada del 4 de julio de 1934, después

de un rudo batallar con la muerte, resultó ésta vencedora, y los ojos grises y expresivos que por primera vez vieron brillar el «radium» aislado, se cerraron para siempre. Sólo después de muerte el análisis de sus vísceras descubriría la causa de la enfermedad. María Curie había fallecido víctima de las emanaciones radioactivas de los cuerpos que su marido y ella habían descubierto. El «radium», aquel producto del maravilloso amor que uniera a un hombre y una mujer geniales, se tomaba el desquite. Es decir, a María Curie la había matado el amor.

